

JOSEP MARIA ESQUIROL, *Humano, más humano.*
Una antropología de la herida infinita

Acantilado, Barcelona 2021, 173 pp.
ISBN: 978-84-18370-31-1

Josep Maria Esquirol, catedrático de Filosofía en la Universidad de Barcelona, nos regala una nueva obra en la que sigue profundizando en la “filosofía de la proximidad” (p. 12) de la que ya había comenzado a hablar en sus últimos trabajos: *La resistencia íntima* (2015), que le valió el Premio Nacional de Ensayo, y *La penúltima bondad* (2018), todas ellas publicadas en la editorial Acantilado.

A lo largo de sus doce capítulos, este pensador reflexiona acerca de la vida humana con un lenguaje que, a la par que sencillo, resulta evocador; de manera que las páginas de este libro piden ser gustadas y degustadas. Si Paul Ricoeur afirmaba que “el símbolo da que pensar” (p. 109), Josep Maria Esquirol sigue esa estela ofreciéndonos una palabra que, ante todo, quiere ser enormemente realista partiendo de lo cotidiano. Pero, precisamente por esa fidelidad a lo real, que nos afecta y hiere, que abre surcos en cada uno de nosotros, por ello se trata de una palabra que profundiza en lo materialmente presente, hasta el punto de adquirir la forma de una promesa que es respuesta esperanzadora, y por tanto generadora de nuevos significados para la propia vida.

A este respecto, resulta muy sugerente el comienzo del capítulo 4, donde Esquirol trata las distintas maneras de entender el ejercicio de la promesa. Frente a la comprensión que tiene Nietzsche de la promesa como acto de poder, o a la de Hannah Arendt como compromiso ante los otros, nuestro autor se decanta por la de Ricoeur, quien la entiende como respuesta, es decir, como acto secundario respecto del acto primordial en el que otro ha entrado en mi vida, y me ha afectado hasta el punto de atravesar mi propia existencia. De esta manera, en la palabra que promete, la persona se autodetermina, pero lo hace respondiendo a la presencia de otro, de manera que prometiendo la persona crece dejándose acompañar por el otro. Así pues, el otro ya no es un rival del propio yo, sino precisamente su constitutivo: “el yo está constitutivamente atravesado por el otro; la ipseidad está atravesada por la alteridad” (p. 54).

Por otro lado, la promesa vuelve a aparecer hacia el final del libro, en el capítulo 11, donde resplandece como palabra de esperanza que es creadora de sentido precisamente cuando la vida parece desvanecerse perdiendo todo significado. Pero no es una palabra solitaria, sino una palabra en diálogo con otros, encarnada, constituida por los otros, la cual, ante la muerte, más que pedir inmortalidad, desea reencuentro y compañía, porque es consciente de la desproporción que existe entre la vida y la muerte: mientras que, por un lado, la vida es un “inicio absoluto”, por el otro, solo “muere quien vive” (p. 165).

De esta manera, se puede decir que la palabra que promete y da esperanza encuadra todo el estudio de la vida humana que realiza Josep Maria Esquirol en los capítulos centrales de este ensayo. La palabra como tal solo existe como palabra personal, es decir, solo las personas pronuncian palabras. Y en el caso de la persona humana, cuando habla, su palabra nunca ocupa el primer lugar, sino que aparece como respuesta: antes de hablar, nos han hablado; antes de poner nombre, alguien nos nombró, pensó en nosotros de manera concreta, y pronunció un nombre propio para cada uno (capítulo 2).

Esta meditación acerca del lenguaje humano llama la atención, porque, en lugar de deslizarse hacia un nominalismo que manifiesta una voluntad de poder y de poseer, precisamente por su fidelidad a lo real, en el capítulo 3 lleva a considerar la “experiencia metafísica decisiva” que supone el nacimiento (p. 31). Antes de pensar acerca de la muerte, Esquirol prefiere reflexionar acerca de la vida, comenzando porque esa experiencia primordial en la que yo soy constituido. En definitiva, el acto más decisivo de nuestra vida resulta ser aquel en que más desvalidos éramos, el momento en que hemos visto la luz y nos han llamado por nuestro nombre propio.

La vulnerabilidad que nos constituye como humanos es el gran hilo conductor de esta obra. Ya en el capítulo 1, Esquirol centra su interés en aquello que otras filosofías abominan. Mientras que Nietzsche o el transhumanismo contemporáneo contemplan el sufrimiento y la debilidad como algo aborrecible y digno de ser superado, Esquirol entiende que las experiencias de desvalimiento son las que más resaltan lo humano que hay en la persona humana. Y precisamente reflexiona acerca de ellas para encontrar una palabra significativa, prometedora y esperanzadora.

Un aspecto interesante, y que quizá puede pasar desapercibido, es el del método de trabajo. Ya desde el comienzo, Esquirol se propone pensar acerca de lo humano sin especular en lo abstracto ni caer en dialécticas opositoras, sino más bien reflexionando acerca de lo vivido (pp. 13-15).

De esta manera, el pensamiento queda constituido como una reflexión, esto es, como un volver sobre la experiencia vivida para tratar de comprenderla. Frente a un pensar que avanza veloz trazando una recta y se clava como un dardo en forma de crítica, Esquirol prefiere la curva que vuelve sobre lo vivido para acogerlo y tratar de entenderlo. En el fondo, esta reflexión vincula estrechamente la experiencia y su comprensión (pp. 34-35.42), y puede resultar familiar a quienes conozcan el método de la experiencia integral desarrollado por Juan Manuel Burgos.

El capítulo 5 aparece como el más fundamental del libro, aquel que sirve de eje para todo el desarrollo de esta obra. En él, Esquirol comienza considerando el propio proceso de reflexión, para hacer ver al lector que no se trata de un acto de “consciencia”, sino que más bien la reflexión se da ya de una manera inconsciente en todo acto de sentir: la “reflexividad radical” y más primordial se realiza ya en el “repliegue del sentir”, cuando el humano se ve afectado, tocado y herido por lo humano. Esta vulnerabilidad de la persona humana no tiene un sentido negativo, sino que es una “ventana metafísica” que señala la apertura constitutiva del ser humano a “lo que sobrepasa el ámbito estrictamente cósmico y objetivo” (pp. 61-63).

Esquirol describe la ventana metafísica de la afectabilidad personal como una herida que es infinita porque abre al ser humano a la totalidad de lo real, tanto en su relación con todo aquello en medio de lo que convive, como en el desarrollo de su intimidad: “la herida infinita es, al mismo tiempo, expresión de la infinitud que afecta y generación de la interioridad” (p. 62).

Esta herida infinita se abre en cuatro direcciones, de modo que produce un “corte cruciforme” (p. 63). Todo afecta, hiere y abre a la persona humana: la vida, la muerte, el tú y el mundo. La más originaria es la herida de la vida, ya que por el nacimiento nos sentimos abrazados por ella, y produce el gusto por el existir y el vivir. Frente a la vida que nos abraza, se opone el roce de la muerte que produce angustia, pero la muerte solo aparece en relación con la vida: solo muere quien ha vivido, y si se siente angustia ante la muerte, es porque nos abrazamos a la vida. Entre la vida y la muerte, se nos presenta el tú, que también provoca que el yo se haga presente a sí mismo, y la respuesta adecuada ante el tú es el amor, no solo porque yo lo ame, sino ante todo porque me descubro amado. Por último, todas estas heridas se producen dentro de un mundo misterioso, en medio del cual vivimos y que suscita el asombro (pp. 64-65).

Estas heridas son tan infinitas que no pueden ser curadas taponándolas o suturándolas, sino, por el contrario, dejándolas abiertas, pero

tomándose cuidado de ellas, acompañándolas de tal manera que puedan ser el inicio de algo nuevo. En definitiva, la herida infinita cruciforme, o las cuatro heridas, solo pueden ser curadas descubriendo su capacidad generativa, creadora: “La herida es surco donde la infinitud de lo que hiere deja una semilla susceptible de crecer, madurar y dar fruto” (p. 68).

Esta capacidad creativa del ser humano precisamente en su vulnerabilidad le ofrece a nuestro autor la posibilidad de ofrecer un concepto de acción que se aleja de la dialéctica entre praxis y poiesis, donde la primera sería el actuar intersubjetivo y la segunda, la acción instrumental. Esquirol huye de esta división y entiende la acción humana como poiesis; eso sí, entendiendo esta a su vez como creatividad, como la capacidad que tiene la persona humana para crear mundo, cosmos, orden, armonía, hogar, habitabilidad, ajustamiento y justicia.

El lenguaje poético y creativo que utiliza Josep Maria Esquirol es ciertamente poético, pero al acabar la lectura de esta obra, se llega a la conclusión de que quizá sea la manera más adecuada de reflejar toda la riqueza del mundo personal.

EDUARDO PÉREZ PUEYO